

PRÓLOGO

*El Crucero Universitario*⁵⁰

Al final del curso⁵¹ se empezó a hablar de un gran proyecto de Morente⁵²: un Crucero por el Mediterráneo, durante el verano, para visitar los países que eran tema preferente de nuestros estudios filológicos, históricos, lingüísticos, literarios, artísticos. El Decano tenía una capacidad de iniciativa y organización increíble. Algo más de ciento ochenta profesores y estudiantes, la mayoría de la Facultad, algunos de otras Universidades, sobre todo de Barcelona, y de la Escuela de Arquitectura, harían el viaje. La selección se haría por los méritos académicos y el rendimiento en los cursos. Los profesores y los estudiantes que podían permitírselo pagarían una cantidad no muy alta; los demás, tendrían medias becas o becas completas. Al Estado no le iba a costar más que la subvención normal a todos los viajes de la Transmediterránea⁵³; hubo personas, como Marañón y Zaragüeta, que hicieron donaciones para costear las becas; Ortega dio dos conferencias⁵⁴ en el Teatro Español, con el tema «¿Qué pasa en el mundo?», y el importe de las entradas fue para el mismo fin; hubo dos llenos completos. El Decano consiguió una ayuda del Patronato Nacional del Turismo, a cambio de dar conferencias para fomentarlo en España, en varias ciudades del recorrido.

Yo acababa de pasar mi «examen intermedio» en condiciones que me aseguraron una beca, sin la cual me hubiera sido imposible formar parte de la expedición. Lolita⁵⁵ tenía méritos académicos más que suficientes, y además su familia hubiera podido pagar sus gastos, pero su madre iba a tener un niño más, a primeros de agosto, y sacrificó su

vehemente deseo de hacer el viaje para prestar toda la ayuda posible. Era la mayor de una familia cuyo noveno hijo iba a nacer entonces (sin contar dos niñas que habían muerto muy pequeñas).

Salimos de Barcelona en el *Ciudad de Cádiz* el 15 de junio. La noche anterior dormimos ya a bordo. Se puede imaginar la expectativa, la ilusión con que emprendíamos la travesía. El secreto económico del Crucero era vivir siempre en el buque, sin usar hoteles; las únicas excepciones fueron El Cairo y Jerusalén, lejos de la costa; nos hospedamos en el Hotel National y en Casa Nova, la residencia de los Franciscanos, respectivamente. Las travesías se hacían durante la noche; nos despertaban al amanecer, nos aseábamos y desayunábamos, desembarcábamos y aprovechábamos la jornada íntegra; como las tertulias nocturnas eran interminables, dormíamos muy poco, pero no importaba. (Recuerdo que al volver le dije a mi madre: «Que nadie me despierte»; a las ocho ya estaba levantado).

Estábamos divididos en grupos, cada uno dirigido por algunos profesores, al frente del mío estaban Zaragüeta, Ballesteros (acompañado de su mujer, Mercedes Gaibrois, historiadora como él y muy fina y agradable) y Blas Taracena, arqueólogo y director del Museo Numantino de Soria. Los profesores nos reunían y daban conferencias preparatorias relacionadas con lo que íbamos a ver. Así conocí a Enrique Lafuente Ferrari, joven profesor auxiliar, que nos dio una conferencia estupenda⁵⁶; nos maravilló su precisión intelectual, aparte de su conocimiento del arte; se lo dijimos con elogio, y contestó: «Es que yo he estudiado Filosofía». Don Elías Tormo⁵⁷, al segundo día de navegación, se cortó el pelo al cero; con su larga barba, no había más que pedir; lo encontré en una escalerilla y lo saludé diciendo: «¡El profeta don Elías!». Iba siempre vestido de negro, con chaleco; llevaba un gorro de tela, blando, y metía bajo él una hoja, quizá de higuera. Casi no comía más que frutos secos: almendras, nueces, avellanas y cosas parecidas.

Los profesores y las muchachas ocupaban los camarotes de primera clase y algunos de segunda; el resto de estos y los de tercera eran para los alumnos varones. Algunos estudiantes catalanes, con un sentido económico que nos era ajeno, propusieron cambiar de

tercera a segunda, con adecuada compensación; nos pareció incomprensible. El Decano decidió que a la mitad del viaje los de segunda pasarían a tercera y viceversa; había algunos camarotes de segunda que no tenían ventilación directa al mar, y algunos de tercera sí; se consideró que los que estaban en estos casos no necesitaban cambiar. Yo iba en el camarote H de 2.^a, y no cambié; mis compañeros eran Antonio Rodríguez Huéscar⁵⁸, Luis Díez del Corral⁵⁹ y Luis Villalba⁶⁰; fuimos amigos siempre, del último hasta su muerte como embajador en Noruega; los tres eran algo mayores que yo.

El Crucero me hizo adquirir la amistad de Fernando Chueca⁶¹, estudiante de Arquitectura, tres años mayor que yo; Lafuente y él han sido siempre de mis mejores amigos.

También hice amistad con algunos de Barcelona: Rosselló-Pòrcel⁶², Amalia Tineo⁶³, Salvador Espriu⁶⁴, Guillermo Díaz-Plaja⁶⁵ y la que luego fue su mujer⁶⁶.

Fuimos a Túnez (allí cumplí los diecinueve años), Susa, Kairuán; de allí a Malta, un día gris y casi lluvioso, seguramente infrecuente, que me dejó una imagen dramática y atractiva; luego, a Egipto (Alejandría, El Cairo, Gizeh); después, a Judea, entonces el mandato británico de Palestina, hoy el Estado de Israel; Jaffa era un pequeño puerto primitivo; Tel Aviv, poco más que una aldea sin personalidad; Jerusalén, Belén, el mar Muerto, las tierras casi desérticas, conmovedoras; desde allí a Creta, con el palacio de Cnosos, excesivamente restaurado por Evans⁶⁷; Fodele, el lugar natal del Greco; y luego Rodas, una isla llena de belleza; y después Esmirna, donde todavía vi tranvías de mulas; y Constantinopla, ya llamada Istanbul, maravillosa ciudad desde fuera –desde el mar o desde una torre–, no tanto en su interior, salvo Santa Sofía y unas cuantas mezquitas; pero el Bósforo, los Dardanelos, el mar de Mármara, todo lleno de historia. Y nos esperaba Grecia: Salónica, Atenas, Eleusis, Nauplia, Micenas, Epidauro, el canal de Corinto, Delfos, Olimpia, Lepanto... Todo parecía irreal; recuerdo el descubrimiento, en pleno campo, de la Puerta de los Leones de Micenas, siempre una lámina de libro; y así la Acrópolis, los templos, los monumentos. Y la gente, llena de

vida y simpatía. Y el español del siglo xv de los judíos sefardíes⁶⁸, ya desde Rodas, en tierras hebreas, en Turquía y en Grecia. Finalmente, Sicilia, Siracusa, Palermo con aquella plaza con los cuatro reyes españoles⁶⁹, Nápoles y toda la bahía, Pestum, el Vesubio...

Valle-Inclán, que era director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, fue a Nápoles a encontrarnos y volvió a España, con sus hijos, en el *Ciudad de Cádiz*; recuerdo las tertulias con él, en la cubierta, hasta Palma de Mallorca y luego hasta Valencia⁷⁰. Fueron cuarenta y ocho días de navegación, entre amigos, en los lugares más atractivos del mundo, con toda la historia detrás, dando relieve a lo que era nuestro estudio.

Creo que nadie pudo olvidarlo nunca. Nuestras vidas se han nutrido en buena medida de aquella experiencia, llena de episodios divertidos, algunos dramáticos, a lo largo de un tiempo bastante largo para que se llevaran a cabo reajustes de la amistad, de la estimación, de los proyectos. Al volver, se nos pedía escribir un diario; lo hice, y se publicó en amplia selección: mi primer escrito público: el prólogo, en *El Sol*⁷¹; el resto, en un libro, *Juventud en el mundo antiguo*⁷².

Pero no era todo historia, arte y arqueología; ni siquiera ver formas distintas de humanidad —era mi primera salida al extranjero—, había además un elemento religioso. Sabía fragmentos del *Nuevo Testamento*, en griego y en latín, que me sonaban en los oídos en las viejas ciudades; y era la tierra del *Antiguo Testamento*; recordaba, citada por Zubiri, la frase de san Agustín: *Novum Testamentum in Vetere latet; Vetus in Novo patet*, el Nuevo Testamento está latente en el Antiguo; el Antiguo está patente en el Nuevo⁷³. En Belén, en Jerusalén sobre todo, revivía mi fe siempre viva, con dudas de muchacho pensativo, meditabundo, a las que dejaba existir, con la esperanza de que, sin violencia, se clarificarían y dispararían, sin estar nunca dispuesto a tirar por la borda, frívolamente, esa fe a la primera dificultad. Cuando estuve en el Santo Sepulcro recapitulé mis diecinueve años en una plegaria: «Dios mío, dame una vida intensa y llena de sentido cristiano». No se me ocurrió pedir otra cosa.